

palacio presidencial la Casa-Blanca, en Washington. El sueldo ó pension se fijó en 1793 en 25,000 dollars, es decir, 125,000 francos próximamente, que era la suma de los gastos de Washington. El sistema de Washington, como es sabido, era no recibir nada de su país, pero no regalarle nada. Creía que era como dar limosna á su país el desempeñar gratuitamente ningun empleo público.

La suma de 125,000 francos ha sido invariablemente el sueldo del presidente, cifra completamente insuficiente y que da al presidente el derecho de arruinarse, lo que es malísimo, porque no conviene que ningun presidente pueda encontrarse en situacion precaria al abandonar el poder. Jefferson se arruinó durante su presidencia, y si bien es cierto que tenia poco orden, no lo es menos que Monroe y otros tambien contrajeron deudas por la misma razon. En nuestra opinion el sistema de los ingleses es mucho mas justo. Ellos dicen: «los negociantes, los abogados, los médicos, ganan mucho dinero; si queremos que se nos sirva bien, no hemos de buscar para servidores lo peor de la sociedad y debemos pagar ámpliamente á los que se ocupen de los asuntos del país».

El sistema de pagar largamente á los que se ocupan de los negocios públicos es excelente, mientras que con el opuesto se obtiene el extraordinario espectáculo de ver al hombre de Estado morir de hambre mientras el rico vive grandemente, lo que es inmoral y seria preferible asegurar una situacion honrosa al que se consagra á su país, en lo que acaso se ganaria que el hombre ambicioso cayera en la tentacion de imitarle. Cuando el presidente se retira, por efecto de ese mismo sistema de parsimonia, no se le dá ninguna especie de indemnizacion. Entra en la vida privada y no puede desempeñar ningun empleo á excepcion de una presidencia en una asamblea de su país. No hay mas que un privilegio muy honroso, pero que solo á él y á su mujer le pertenece, el tener letra abierta durante su vida.

Esta ingratitud pública es tambien muy mal ejemplo; porque el verse obligado como Jefferson á rifar su biblioteca es una vergüenza, no solo para el que llega á ese caso, sino para el país que consiente que su antiguo jefe caiga en la miseria.

La pobreza de un Cincinato es hermosa en la historia; pero hay algo que es más bello y más moral: el ejemplo de un pueblo que comprende el agradecimiento y recompensa largamente al que se ha consagrado al servicio de la patria.

¿Cuáles son ahora las atribuciones del poder ejecutivo?

En esta cuestion, que por cierto es de las mas delicadas, los norteamericanos han encontrado excelentes soluciones y han resuelto el problema mejor que en lo concerniente al nombramiento de presidente.

Ocupémonos primeramente de las relaciones que deben existir entre el poder legislativo y el ejecutivo. Preséntase en primer lugar la famosa cuestion del veto. Un poder ejecutivo ¿es posible que subsista y se defienda contra los abusos del poder legislativo?

En Francia se está en el error de creer que el poder legislativo es el único representante del país y que lo puede todo. Nosotros hemos visto que en 1848 el presidente podía protestar contra una ley, pero la Cámara podía pasar por encima de ella. El dar el poder á un hombre por seis millones de votos, y entorpecerle en el ejercicio de sus funciones por una ley votada por un voto de mayoría, es una insensatez. En el Norte América no se ha caído en semejante error, y se ha comprendido que el poder ejecutivo representa tambien el país y no puede vivir sin estar garantizado contra las invasiones del poder legislativo, á cuyas garantías los norteamericanos dan el nombre de veto.

Segun la constitucion norteamericana el poder legislativo pertenece al Congreso; pero se le ha querido dar al presidente el derecho de oponerse á una ley que le parezca mala y hé aquí las condiciones de esta oposicion.

En América como en Inglaterra, las leyes se someten á tres lecturas. La primera vez se discute el principio en que la ley se funda; la segunda se hacen objeciones de detalle; la tercera se proponen enmiendas y se vota la ley. La tercera discusion no se verifica como entre nosotros solemnemente. El presidente del Congreso, el *Speaker*, se retira; se sienta en su sillón, bajo el nombre de *chairman*, el hombre que mejor entiende la cuestion de que se trata y se discute la ley como un negocio, sin ese aparato que entre nosotros esteriliza las mejores intenciones.

La ley así votada se envia á la cámara que la discute del mismo modo, á excepcion de que el senado norteamericano nombra una comision al estilo francés, y despues, si la ley ha de sufrir alguna enmienda vuelve á la cámara de representantes. Si estos no se pueden entender se nombra una comision mixta, y cuando las dos cámaras están de acuerdo, se envia la ley al presidente. Si

el presidente la firma, á los diez dias se convierte en ley del Estado.¹

Si entonces el presidente no quiere la ley y el Congreso continúa abierto, envía el bill á la cámara en que fué propuesto en primer lugar acompañándolo de las objeciones por escrito, y la opinion pública esplica el porqué no se quiere tal ó cual ley, si por ejemplo perjudica los intereses de la República, daña en sus derechos á la minoría, viola la constitucion, etc. Estas objeciones son copiadas *in extenso* en el *Diario* de las sesiones de la Cámara, y entonces se vuelve á comenzar la discusion en las dos cámaras. Pero esta vez es necesario que el bill reuna una mayoría de las dos terceras partes de cada asamblea en votacion pública, es decir, por medio de un *sí* ó un *no*. Se necesita que haya una intencion muy decidida en las dos cámaras para que por segunda vez se vote una ley rechazada por el presidente. Pero esto es raro, porque hay un cuerpo político que se llama el Senado que naturalmente desea rechazar la ley y siempre comprende el interés de la concordia y de la paz. Generalmente este cuerpo hace caer la ley aplazándola de este modo para el siguiente año, con el objeto de tantear la opinion y como además la cámara de los representantes se renueva cada dos años, el deseo del país es convenientemente conocido.

El veto del presidente marcha con toda regularidad, mientras que en Francia el veto suspensivo del rey Luis XVI nunca ha podido funcionar. ¿Por qué? Porque en Francia no habia mas que una asamblea y en América hay dos. Cuando no hay mas que una asamblea esta imprime á la confeccion de las leyes un carácter de amor propio de autor. El jefe del Estado usando su derecho de veto se pone en lucha con ella y si la opinion sostiene á la asamblea esta se vuelve contra el jefe del Estado. Habiendo dos cámaras la cuestion es muy diferente: se pregunta si conviene ó no turbar la paz pública con una ley de interés secundario, y á menos que la opinion no lo exija, se toma el tiempo necesario para consultar al país.

En Inglaterra, el rey tiene un veto absoluto del que no se ha servido hace dos siglos y es probable que no le use nunca. Cuando

¹ Si el presidente, [sin hacer objeciones retiene la ley sin firmarla, al cabo de diez dias (sin contar los domingos) la ley entra en vigor *con tal que el Congreso siga en sesion*. Un bill presentado en los diez últimos dias de la sesion, cae por sí mismo si el presidente no lo firma, y no tiene que dar cuenta de su opinion, porque no ha tenido los diez dias de reflexionar otorgados por la Constitucion.

hay oposicion entre el ministerio y la cámara, el ministerio somete la cámara á la opinion del país; pero á veces tambien, para evitar este medio extremo y ganar tiempo de reflexionar, el ministerio apoyándose en la cámara de los lores hace aplazar la ley, y la misma cámara de los lores toma sobre sí aquella responsabilidad, conciliándose así la opinion pública con la autoridad ejecutiva.

Con igual prudencia se llevan las cosas en el Norte América, y sin temor puede decirse que todo es coronado del mas completo éxito. En el fondo todo se reduce á una apelacion al juez supremo que es el país.

Ahora que hemos estudiado la parte que la constitucion norteamericana concede al presidente en el poder legislativo, hablemos de las atribuciones particulares del poder ejecutivo.

La primera de estas atribuciones es el mando en jefe de los ejércitos, el mando de las fuerzas de mar y tierra, y en caso necesario de las milicias. En el anterior capítulo hemos visto que la constitucion concede al presidente el derecho de convocar las milicias cuando el país se encuentra amenazado. Este mando no indica, sin embargo, que el presidente se haya de poner al frente de los ejércitos, lo que seria considerado como una inconveniencia.¹ Lo que se quiere en el presidente es su carácter civil, y se comprende que ese mando debe interpretarse por el derecho de designar los jefes militares y darles instrucciones; hace el mismo papel que el rey en los países monárquicos.

Esta autoridad militar forma de tal modo parte del poder ejecutivo, que en todas las constituciones republicanas se atribuye al jefe del Estado. Pero, para decirlo de paso, esto es lo que hace tan difícil el establecimiento y sosten de la república en los países habituados á los ejércitos permanentes. El ejército es monárquico por naturaleza, y calcula su poder por el de su jefe. Por eso en las repúblicas de todos los tiempos, en Atenas y en Roma como en Suiza y en el Norte América no se quieren otros ejércitos que ciudadanos. El espíritu militar y el espíritu liberal son antipáticos entre sí, ó por lo menos no se ha encontrado aún el medio de conciliarlos en nuestro viejo continente.

Además de este poder militar, por cierto muy considerable, puesto que da al presidente el derecho de abolir la esclavitud en todas partes donde alcanzan las fuerzas de la Unión, hay el poder

¹ Bayart, on the Constitution, p. 407

de hacer tratados, cuyo poder es de una naturaleza compleja. Un tratado es una ley para el país que le acepta, y tal vez por esto se ha pensado en ciertas constituciones que el hacer tratados es una atribucion del poder legislativo; pero, por otra parte, antes de hacer un tratado se empieza por examinarle; es menester que los diplomáticos negocien juntos en el tapete verde. Hay algo aquí que depende del poder ejecutivo; además, el tratado, cuando se ha hecho es un contrato entre dos países. ¹ ¿Acaso el contraer una obligacion en nombre del país no es una atribucion del poder ejecutivo? Pero ¿no se puede temer tambien la ambicion, la debilidad ó tal vez la venalidad de un magistrado, elegido por cuatro años, desconocido en la víspera y olvidado al día siguiente? Los norteamericanos han pensado que este poder de hacer tratados tenia un doble carácter y en nuestra opinion han tenido razon para ello. Por eso tal vez han decidido que el presidente tendria el poder de hacer tratados, pero que estos tratados serian sometidos á la aceptacion del senado, aceptacion acompañada de exámen, y en la que el Senado tendria el derecho de introducir modificaciones y hacer enmiendas quedando el presidente obligado á tratar de nuevo con las naciones aliadas teniendo en cuenta las modificaciones indicadas por el Senado.

Pero la constitucion, obrando con la más completa prudencia ha dispuesto que este poder se confiase solamente al presidente y al Senado. La Cámara de representantes le ha parecido harto numerosa y demasiado agitada por las pasiones del momento para confiarle el poder de tratar, y ha decidido que el presidente y las dos terceras partes del Senado puestos de acuerdo basten para tratar.

En lo que concierne á los tratados, el poder legislativo es menos poderoso en el Norte América que en Inglaterra. En Inglaterra el Parlamento inglés vota ó rechaza los tratados. El ministerio hace tratados bajo su propia responsabilidad; pero se someten siempre á la rectificacion de las cámaras, de manera que es más fácil tratar con diplomáticos norteamericanos que con ingleses.

En la cámara de representantes se ha considerado mal á veces esta independendencia del poder ejecutivo, y, en 1796, cuando el tratado de Washington con Inglaterra, la Cámara de representantes declaró que puesto que estaba llamada á votar leyes para la ejecucion de los tratados, tenia tambien el derecho de discutirlos y enmendar-

¹ *Federalista*, carta 75—Duer. p. 103.

los. Pero nunca ha habido hombre que conceda menos que Washington en lo tocante á las prerogativas que el pueblo le habia conferido y como la constitucion decidia que todos los tratados se hacian por el presidente solo con las dos terceras partes del Senado, Washington declaró que el tratado se cumpliria en los mismos términos que se habia celebrado con Inglaterra y que la Cámara de representantes no tenia ningun derecho á intervenir en el asunto, puesto que el poder legislativo nada tenia que ver, y que si habia estipulaciones financieras en el tratado la Cámara de representantes, estaba moralmente obligada á votar los fondos necesarios para ellas ¹. La leccion era ruda; pero era Washington el que la daba y su opinion fué adoptada; mas no sin grandes discusiones.

El último poder del presidente es el que tiene como jefe de la administracion para nombrar los funcionarios públicos; pero en esta tambien la constitucion ha juzgado prudente dar al Senado una parte de influencia.

No aceptando de ningun modo la separacion absoluta de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial que allí donde ha existido no ha producido más que males, y recordando tambien las antiguas constituciones coloniales, la constitucion decide que el Senado debe tener parte en el nombramiento de los principales funcionarios: ministros, embajadores, cónsules, miembros del tribunal federal, etc. El nombramiento se hace por el presidente, pero ha de aprobarse por el Senado. No se ha querido dar al poder legislativo el medio de ingerirse en la administracion; es simplemente un veto que se concede al Senado. Este puede declarar que tal persona no es conveniente para representar á los Estados Unidos en el extranjero ó para ser ministro del presidente; pero no impide al presidente el presentar una segunda ó una tercera persona. Se ha querido únicamente obligar al presidente á elegir personas tan honradas que no haya razon de rechazarlas, y preciso es convenir en que la práctica de este sistema ha dado escelentes resultados.

Pero una vez que el presidente ha propuesto un funcionario y le ha aprobado el Senado, ¿quién tiene el derecho de rechazarle? Este funcionario nombrado tan solemnemente puede ser revocado por el presidente sólo, ó hay necesidad de que esta revocacion sea sancionada con el consentimiento del Senado? Segun la idea de los autores de la constitucion era preciso el consentimiento del Senado;

¹ Kent. *Comment. on the american. Law*, I, 263.